

Guerra social

Han quedado rotas las relaciones entre el proletariado organizado y el gobierno también; entre el capitalismo y el pueblo.

El gobierno ha masacrado al pueblo y encerrado en la cárcel a los propagandistas del derecho, ha hecho escarnio de la justicia, ha desatado las furias imperativas de la violencia, evidenciando el despotismo que encarna; el alto comercio, la pandilla de salteadores de la riqueza pública, ha declarado la guerra social y puesto fuera del derecho de gentes al trabajo, negando el derecho a la vida que tienen los obreros. El delito que castiga el capitalismo, es el ejercicio de la solidaridad. Estamos, pues, en plena guerra social.

A ella, nos llevan los bandidos explotadores del pueblo, aquellos, que quieren imponernos su programa de esclavistas, bajo la pena de muerte. El gobierno, hace que las calles queden vestidas de rojo con la sangre generosa de los hijos del trabajo; el capitalismo, por su parte, como exponente de un audaz brigantismo, declara solemnemente, en pacto firmado por voluntad unánime de sus primates condenar al hambre a todo obrero que, consciente de su misión, preste solidaridad a sus hermanos en huelga.

El convenio criminal, llevado a efecto por el capitalismo dice: «Todo obrero que desde el día 23 del corriente se negara a obedecer órdenes de sus patrones pretextando motivos de solidaridad, será despedido de inmediato».

Su nombre figurará en un registro especial que, para ese fin, se abrirá en la Cámara Mercantil, y ninguna casa, bajo pretexto alguno podrá aceptar los servicios de dichos obreros por el término de seis meses»...

La guerra social está, pues, declarada. Frente a este desafío patronal no debe surgir otra contestación que la lucha. Lucha enérgica, lucha valiente que ha de llevarnos al triunfo. En esta obra, no ha de faltarnos seguramente la solidaridad internacional.

Adelante, pues!..

Las revoluciones

Las revoluciones ni son espontáneas, de acuerdo con lo que la palabra *espontáneo* significa, ni tampoco obedecen a un plan estrictamente sistemático. Lo espontáneo no existe en ningunas de las formas o manifestaciones de la vida. Y en cuanto a la doctrina que de las revoluciones hace un sistema, un credo o un dogma, es un absurdo perfecto.

Las revoluciones ni se improvisan ni se metodizan, sino que se elaboran de por sí en las capacidades humanas que tienden a desplazarse y rompen la presión de los factores que las determinan. Tales factores son de evolución, si es el desarrollo de los hombres el que

imponen el avance y el progreso, y son políticos, económicos o religiosos, si es la tiranía, la miseria y el fanatismo, las causas que plantean a los pueblos el dilema de una revuelta. El determinismo que entrañan los primeros, es más verdadero, más eficaz y más fecundo que el que representan los segundos. El desarrollo biológico y social que es inherente a la personalidad humana, es el vientre donde se gesta o se incuba la revolución que modifica o que cambia el orden de las cosas. Y esta revolución sólo puede tener intérpretes, hombres que la propulsen, pero no apóstoles que diseñen su curso o que hagan de ella la especulación de una doctrina.

Los revolucionarios que lo son por sistema y por elección de cosas y de ideas, no se han planteado la cuestión revolucionaria, bajo los aspectos que enunciarnos; no se la han planteado bajo el punto de vista de la capacidad, de lo que es el hombre y de lo que puede ser, pues de haber hecho examen detenido del problema, no opinarían de acuerdo con una doctrina que dice que los hombres pueden ser felices y no lo son, que pueden ser libres y no esclavos, cultos y no ignorantes. Las cualidades del género humano no figuran en esa doctrina ni preocupan en nada a sus partidarios decididos. Si los hombres pueden ser una cosa y no lo son—se dicen ellos—lógico es que lo sean por cualquier medio, por los medios más radicales, por la revolución. Y nace su sistema, y adquiere relieves su dogma. Pero se equivocan. Ni al desarrollo humano, el que se halla contenido en la evolución, ha podido hallársele hasta ahora su medida exacta, ni las revoluciones pueden conducirse hacia los deseos de sus partidarios. Las sociedades humanas tienen su nivel, como las aguas de los mares, nivel que no es posible modificar o desviar, por la simple enunciación de un concepto ideológico.

Las revoluciones tienen el objeto de acelerar los progresos humanos, de hacer más elevada una civilización, más extensa y más armónica; pero, ¿qué revoluciones alcanzan esta altura si no se apoyan sobre el ligamen cualitativo que lleve implícitos los gérmenes de un desarrollo? No; el error de todas las doctrinas revolucionarias, consiste en hacer un sistema de la revolución. El hombre realmente revolucionario, no es dogmático. Interpretar es encauzar, pero no es metodizar. En el método, cuando de los movimientos humanos se trata, radican las más grandes y censurables equivocaciones. Por él es que se equivocan los déspotas, pues hacen y trabajan de manera para que la rebeldía no pueda tener una fuerza de expresión. Y sin embargo, no hay despotismo que logre sostenerse mucho tiempo en el trono de sus imposiciones y de sus crímenes.

El método o el sistema son tra-

bas o cadenas de una doctrina de libres desarrollos. Ningún hombre libre puede aceptarlas sin contradecirse y sin menos cabar su personalidad y su inteligencia. El hombre libre no puede serlo sino a condición de que haga por interpretar su tiempo, por conocerse y por conocer a sus semejantes. La interpretación de su tiempo le dota del conocimiento de las ocupaciones humanas y del alcance y del desarrollo de evolución que éstas pueden tener, así como la idea de sí y de sus semejantes puede ayudarlo para desterrar fanatismos situados en la cumbre de imaginadas paneceas. Sólo de esta suerte puede serse revolucionario, dejando que la revolución se elabore por la capacidad, german fecundo de renovación y de transformación.

El revolucionario, en suma, es aquel que ayuda al proceso cualitativo de su sociedad y de su tiempo, aquel que sin sistemas doctrinarios concluidos señala los progresos del bien en contra de las concreciones del mal, aquel que trabaja para que las revoluciones surjan ellas como resultantes de un conjunto natural de causas y de factores y deja que adquieran el libre curso que le es inherente, propio o virtual. Y este revolucionario y no otro es el anarquista, el hombre libre.

Encubriendo el crimen

El gobierno acostumbra a practicar un arte de malas mañas. Sus errores pretende encubrirlos con los errores achacados a una segunda persona, lo mismo que sus crímenes. El hecho es desviar a la opinión, por medio de circunstancias adulteradas. La prisión de los rusos y la invención de la bomba, no han tenido otro objeto que justificar la masacre del día 13. Dando un escándalo terrorista—se dijo—puedo justificar la sangre que he hecho derramar en las calles de Montevideo. Pero se equivoca. Su responsabilidad aparece clara, nítida, la responsabilidad de haber atropellado y golpeado a una multitud indefensa.

La opinión pública se dió cuenta en seguida de la intriga gubernamental. La bomba es un cuento policíaco. Y en cuanto a los sindicados como autores, no han incurrido en otro delito que el de ser rusos y el de vivir en el Uruguay. De todas maneras, con rusos o no rusos, el gobierno sentía la necesidad de cometer una segunda tropelia y la ha cometido, en efecto, con esos desdichados. En la legislación uruguayana no figuran leyes de deportación, pero se deporta lo mismo que en la Argentina y que en cualquier otra parte del mundo. El recurso de embarcar o de poner en la frontera a los individuos que se señalan como peligrosos, es un recurso de estado; es decir, es un recurso librado al arbitrio de los gobiernos.

Los rusos del inventado complot han sido embarcados para la Argentina. El presidente uruguayo,

después de haber consumado el crimen que ha de recordar siempre como una pesadilla, ha querido vengarse a la opinión y enunciar su inocencia, tomando al azar a un puñado de *responsables* y conduciéndolos a otro país. La Argentina con sus leyes de excepción, acaso siga con ellos el mismo procedimiento iniciado por el Uruguay, y entonces los rusos escogidos como delincuentes seguirán la odisea de proscriptos que nadie quiere recibir, esa odisea tanto más injusta e inhumana, cuanto que su delito consiste en haber estado en un lugar en que las gentes rebelóse en demanda de un derecho legítimo de vida. Así son los crímenes del gobierno y su conducta para justificarlos o encubrirlos.

¡Buen gobierno!

Quienes hayan podido oír los comentarios que en voz alta se han hecho estos días, tienen que convenir que todo el mundo opina contra el gobierno. Todos comprenden su inutilidad para el orden, y reconocen al mismo tiempo, su aptitud específica para el desorden. El comentario público es, en este caso, justiciero. La voz del pueblo es la voz de la verdad. El crimen de la fuerza armada, enseña a los trabajadores el valor social que puede tener un gobierno. La política misma, desde la más reaccionaria a la más avanzada, ha hecho crisis. El recuerdo de los atropellos inferidos al pueblo soberano, no puede menos que sobrevivir con la misma fuerza evocativa que en los días que siguieron a las masacres. Los anarquistas, han tenido razón en combatir siempre a la autoridad, a la fuerza armada. El capitalismo es un enemigo ridículo, un triste y menudado adversario si se halla falto del auxilio gubernativo. Los trabajadores, a costa de mucha sangre, al precio de preciosas vidas, saben hoy de la inutilidad que, para el bien, para la felicidad colectiva, para el orden social, significan los gobiernos.

De hoy en adelante, los obreros no ignoran que tienen sus naturales enemigos en las esteras gubernativas. Ya no hay blancos ni colorados en las contiendas, hay el gobierno y el pueblo, frente a frente, disputando supremacías.

El presente es, todavía, de la autoridad maldecida, del despotismo convertido en poder; pero el futuro pertenece al pueblo trabajador, a los hombres que ganan el pan con su esfuerzo, con su inteligencia, con el sudor de su frente.

MANOJO DE FIBRAS

Con este título, Luis Mallol, ha publicado un nuevo libro de poesías. Vibrante y bello, pleno de sentimiento, con mucha alma, con mucha belleza de forma y de fondo. Sin tener tiempo, en estos momentos de lucha, de leerlo con más detención, concretámonos a este breve acuse de recibo, con las más sinceras felicitaciones para su autor.

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

XIX
EL MASSIOTISMO
III

Un sabio se halla en evidente imposibilidad de comprender a un filósofo. El filósofo vierte su ideología, casi siempre, en los azules piélagos de la metafísica y la metafísica no es nada apropiada para que forme parte de los elementos geométricos y numéricos del sabio. Las situaciones de espíritu de entrambos son opuestas, como los polos o como los antipodas. El número expresa una concreción o un hecho, mientras que la idea expresa menos y más, en los distintos órdenes interpretativos de las cosas.

En cada sabio existe un filósofo, pero no en equilibrio ni en acuerdo, sino sobre un plano ideal en que no llegan a igualarse sus predomínios respectivos. Massioti es filósofo en gran medida, pero es sabio en primer lugar. Tiene páginas de una exclusiva filosofía en que la ciencia no figura para nada; y tiene otras, en cambio, de ciencia pura, llena de problemas geométricos y numéricos. El filósofo que hay en Massioti, tal vez pudiera inducirlo a comprender a otro filósofo; a comprenderlo en sus interpretaciones, aunque sin apartarse lo más mínimo de sus conocimientos primordiales. Pero no es así. En las esferas de la sabiduría el entendimiento no es fácil. Las ideas diferencian a los hombres en una proporción evolutiva ignorada hasta ahora. Y de esta diferenciación ideológica, aunque parezca paradójico, es de donde han de derivarse los fuertes nexos de la historia, la estabilidad de las conviviencias humanas, los órdenes de las sociedades. Los pueblos de hombres diferenciados, trabajan la cualidad de una conservación evolutiva persistente que alcanza muy lejanas etapas de continuación. Y es que las ideas no intimidan, ni los progresos asustan.

Pero el mismo fenómeno de aceptación que en épocas históricas y actuales desarrolla las poderosas influencias que dan cuerpo a las manifestaciones religiosas, políticas y sociales, es el mismo fenómeno que ha de situarse y que ha de imponer en las sociedades futuras de pueblos y de hombres diferenciados. La mentalidad colectiva tiene u obedece a leyes de una textura indestructible, a leyes que no alcanza a comprender muy bien el sabio persuadido de la claridad de las demostraciones numéricas. Y tales leyes son las que interpreta o hace por interpretar el filósofo. Este hecho se manifiesta claramente en Massioti al no comprender cómo a Unamuno se le ha ocurrido afirmar que «si se acepta actualmente el movimiento de la Tierra es por fe y no por otra cosa». Unamuno habrá querido referirse, sin duda, a la multitud de hombres o a las colectividades humanas que aceptan las tendencias ideológicas de su tiempo por sugestión, por esa sugestión que ejercen las ideas y que atraen y convence sin saber por qué. Pero Massioti, absolutamente convencido, como Unamuno quizás, de que la Tierra se mueve vertiginosamente, no ha podido ex-

plicarse que un universitario pudiera incurrir en absurdo de esa naturaleza. Y un poco enturecido que una inteligencia que tiene cátedra en todas partes donde la cultura se expone, enuncie un tal disparate, dice:

«La confesión pública de ignorancia del rector de la universidad de Salamanca, resulta tanto más chocante, cuanto que ella se ha producido en el mismo instante histórico para los hombres de-Ciencia-y-con-Ciencia en que se preindica la geometría y numéricamente, punto-punto la órbita del cometa Halley, y mes-por-mes, día-por-día, hora-por-hora y minuto-por-minuto donde y cómo interceptaría la eclíptica y cuándo y de qué manera se dejaría ver por día y por la noche y en qué posición; y todo eso a cálculo fijo, exacto y claro-videencia del movimiento rotatorio de nuestro planeta».

Unamuno es un paradójico. Y aunque es un cristiano y un creyente en otra vida, no puede decirse que sea ajeno a las concepciones científicas más modernas. Los movimientos de la Tierra, como atributos del movimiento universal, no es posible que los ignore. Por medio de la palabra *fe*, Unamuno habrá querido referirse a las aceptaciones ideológicas sin examen. Las multitudes no verifican, ni comprueban, ni investigan, sino que aceptan y creen. La ciencia, ante la mentalidad simple de las multitudes, se halla en el mismo plano que la religión. El hombre interior o medio, el tipo de colectividad cree únicamente. Y *el creer* acusa iguales defectos de puerilidad, tanto si se aplica al número y a la idea, al axioma o al concepto metafísico. ¿Qué probabilidades de verificación tienen las multitudes de hoy para saber de por sí o evidentemente que el movimiento universal es una ley del universo? Ningunas. La misma pedagogía que les enseña tales evidencias, sólo lo hace a base de explicaciones teóricas. Las multitudes, por otra parte, no aprenden de otro modo. Su mentalidad se halla conformada para la asimilación de ideas razonadas o no razonadas, y no para la creación. ¿Por qué se concibe el porvenir por medio de plácidas visiones de descanso y no como un tiempo activo de continuidad que se gesta y se elabora en el tiempo presente? Por la facilidad con que en la mente humana entran las creencias. La ciencia, aunque desdeña ese apostolado no puede prescindir de él, como un prescindir todas las doctrinas y todos los dogmas.

Es posible, sin embargo, que dentro de algunos siglos no haya nadie que crea por *fe* en los movimientos de la Tierra; pero será cuando los progresos mecánicos que se originan de esa ley invadan los ejercicios humanos y sean las normas de su actividad. Mas, hasta que no sean los ejercicios colectivos los que evidencien esa verdad, ¿cómo ha de ser impuesta y aceptada? Por sugestión educativa, por fe.

Massioti no ha podido explicarse la paradoja, o la *ignorancia* de Unamuno, acaso porque encuentra lo más sencillo de verificación el movimiento del universo. Y decidido a razonarlo y a explicarlo todo por medio del movimiento, Massioti hace de él un axioma universal, como un dogma. Al negar la *fuerza* como elemento sustantivo, se ha visto precisado a negar la atracción que ejercen los cuerpos reciprocamente. Sin embargo, los cuerpos se atraen o por lo menos todo sucede en el universo de la misma manera que si se atrajeran, como lo prueban los fenómenos astronómicos de nuestro sistema planetario y los fenómenos físicos que se desarrollan en el mundo en que vivimos. Y si ello es así, ¿cómo puede imponerse la idea negativa de la atracción universal? ¿Puede imponerse, acaso, por una demostración categórica que quede grabada en todas las inteligencias? Luego si las multitudes llegaran a aceptar el *massiotismo*, tendrían fortuitamente que poner en juego su *fe*. Otro instrumento no poseen.

El *massiotismo*, empero, previendo, quizás, esta cuestión, ha sabido solucionarla valiéndose de los vocablos *datos reales* y *datos ficticios*. Los primeros son universales y los segundos son particulares. Un dato universal, es un dato impersonal; es decir, es un dato cuya causa no radica en el individuo. De esta interpretación del *massiotismo* debe deducirse que la ciencia no puede equivocarse dada su inspiración en los datos universales. Sin embargo, la ciencia se equivoca; la ciencia no es absoluta. El sabio es un hombre que apoyado en las experiencias pretéritas realizadas, investiga el universo, lo sitúa sobre nuevos conceptos de interpretación y lo descubre a través de una serie de ensayos y de concepciones particulares y personales. El dato real a que el *massiotismo* se refiere, es lo que existe en el universo, una de sus leyes, por ejemplo, lo no creado. Pero lo no creado, ley, movimiento o fuerza, para que pueda ser vértebra de nuestros conocimientos y para que pueda variar los anticuados rumbos de nuestra mentalidad, es necesario que sea revelado o descuberto por el hombre, y no hay hombre que no sea talible y que no sea susceptible de extraviarse en un equivoco. La ciencia, pues, es personal; deja de serlo cuando forma parte del seguro patrimonio de los hechos.

Si la atracción, como propiedad de la fuerza no existe al no existir ésta, no podrá pasar a la categoría de dato real, hasta que la comprobación de su no existencia no sea un hecho manejable. Y hasta que así no sea, la no existencia de esos elementos es una concepción personal de Massioti. El absoluto, en teoría tiene o tropieza con este género de obstáculos. «Los datos reales y los datos ficticios», consigna el *massiotismo*—son productos del movimiento. Para los primeros se requiere al ser normal y los segundos se incuban en el ser enfermo. En ambos casos la referencia sensitiva; pero con la diferencia precisa (aunque metafórica) que hay entre una Armonía sonora y una pifia-estridente».

El ser normal lo sería el sabio, pero en el supuesto de que el sabio no se equivocara. El dato real, absolutamente concluido, no será nunca una conquista humana, en ningún tiempo. Sería preciso para ello que el movimiento no existiera y que no existiera la evolución, ni el desarrollo mental para que el hombre pudiera establecerse sobre lo cierto indestructible. Mas si el infiujo, en calidad de movimiento, se halla en la gota de agua y en la nube, en la planta y en el animal, a ningún hombre puede llamarse enfermo porque conciba y desarrolle una teoría equivocada. ¿Qué se ha querido que sea Dios inventado por los hombres? Los hombres han querido que fuera la verdad del universo, el hacedor de los mundos, el todopoderoso de lo absoluto. Y porque la inteligencia humana, hasta tal época, no fuera propicia nada más que para la creación de dioses, ¿hemos de llamarle anormal o enferma? ¿Qué hay en la vida que carezca de relación, de proporciones y de armonías? ¿Con qué razón podría el hombre encarsarse con la roca mediante el propósito de que ésta lo hablara y le comprendiera? Sin embargo, la roca es una de las formas de la vida, la roca vive, evoluciona; es un organismo que tiene por cualidad el movimiento infinito del que participan todas las formas orgánicas y por ende la roca sufrirá quien sabe qué número de transformaciones y llegará, si el ambiente le es propicio, a las más altas organizaciones de los seres.

Los datos reales y ficticios que fijamos en el universo, son nuestros; es decir, son personales y se encuentran en relación con los estados de mentalidad del hombre. El *massiotismo*, como queda dicho, fija que el ser normal y el anormal son productos de una misma causa, concepto que conviene tener presente dado que de él se deriva la idea de que en ningún caso el ser es responsable de lo que es. Si es el *movimiento* el que hace en el hombre su referencia sensitiva, el hombre, entonces, no puede dejar de concebir porque quiera un dato ficticio o un dato real, ni porque lo quiera puede ser un sabio o un ignorante.

José Torralvo

PERFILES

El concepto doctrinario es la tiranía o la más grande tiranía que voluntariamente se imponen los ideólogos superficiales. Tocarles el concepto sobre el que descansan los principios hechos de su doctrina, es tocarles en el alma, en carne viva, en lo más sensible de su sensorio. Ellos son por el concepto y no por ellos mismos; ellos son por los valores de su teoría y no por su mentalidad, y no por su espíritu, y no por los progresos de sus días.

Las ideas encerradas y acabadas, constituyen el encanto de estos ideólogos, obsesionados con las cosas idas y muertas. Buscarse a sí mismo es mucho para ellos, es una idea que los saca de quicios y los pone de mal humor, como a hombres enfermos. Odian por quietud de temperamento toda suerte de peregrinaje, hasta aquel muy alto peregrinaje que consiste en dar con uno. A todo lo propio le ponen ejercicio,

y eso que tienen algunos momentos en que se dicen poetas de un mundo desconocido y pensadores de una Atlántida sumergida quién sabe en qué océanos de la quimera. Pero no; se engañan a sí mismos con una ingenuidad infantil. No son, en efecto, ni poetas ni pensadores; son ideólogos apegados al concepto, a ese concepto que ellos guardan cuidadosamente en el centro de su doctrina. «¿Quiénes somos nosotros —se dicen— para alterar los valores creados, para suplantarlos con otros valores nuestros, hijos de nosotros, como flores de nuestra rebeldía?» Así se interrogan, dejando entrever una impotencia que les entumece el espíritu como un frío glacial.

El concepto suyo es el concepto anticuado, ajeno y pretérito, como un recuerdo de historia. Pertenece a hombres que manifestaron en su tiempo una personalidad, que expusieron una idea, que pelearon por un pensamiento, que fueron héroes y mártires por un deseo humano engastado en una aspiración. Pero, ay, todo eso es muy poco para nosotros que también en nuestro tiempo queremos dar nuestro fruto, parir nuestras ideas, exponer en una pelea de espíritu nuestras aspiraciones ideológicas. Sus discípulos, en cambio, no lo entienden así, no son como nosotros ni como ellos; no son como nosotros por el concepto de extraña pertenencia; y no son como ellos porque no han heredado su cualidad de exponer individuales y propias ideas. ¿Cuándo estos tales discípulos estudiarán bajo el aspecto enunciado a los maestros que siguen?

II

La razón la buscan muchos que quieren llenarse el cerebro en años y en siglos pasados. Razonar es para esta clase de ansiosos de credulidad, ponerse sobre la tumba en que se han ido sepultando los tiempos que han dejado de existir con nuestro tiempo. Su dejadez de alma y su inocencia mental, los arrastran a ir por la razón y a traerla por los cabellos de aquellos lugares en que se alzan las mansiones de los muertos. En su pensamiento que aparentan haberlo tallado sobre el mundo de su espíritu, no hallan a esta diosa que pasa de manos en manos como una prostituta y que se pierde de la vista de todos como una aparición.

La razón que no es de presente porque la sustituye la verdad fugitiva; que es de pasado por lo que a éste cobardemente se aferra, la quieren sus perseguidores fanáticos para colocarla sobre los sifiales del porvenir. Y por esta pueril circunstancia de futuro, sus perseguidores, anémicos de ideas viriles, se llaman revolucionarios. ¿No os da que pensar el mote? ¿No os da que pensar que los revolucionarios empuñan la pala del sepulcro para desenterrar el tóvil de la razón, como el esqueleto de un animal raro? Pero, si; revolucionarios se llaman estos crédulos de la razón de pasado, de aquella razón por la que creyeron sus creadores de entonces haber encontrado los rumbos de su vida y por la que tienden a extraviarse, sin duda, sus enamorados de hoy. Ah, amigos; la razón lo sois vosotros, lo es cada uno de vosotros; la razón es vuestra cualidad de vivir y las energías que

ponéis para mejorar vuestra vida. No miréis hacia atrás si la queréis poseer en vosotros, mirad en vuestra vida, mirad en los rumbos que lleva, en lo que puede y en lo que vale y no cegaros buscando a una diosa que tan clara se os muestra en el cielo de vuestro individuo.

Revolucionarios que buscáis la razón, decid: ¿cómo os habéis hecho revolucionarios?

III

No son pocos los empeñados en que el anarquismo no progresa o no se desplace, enérgico y contundente, hacia las manifestaciones múltiples de la vida. El progreso, en las libres exposiciones del individuo, es algo que incomoda y que produce repulsión a los anarquistas retardatarios. Estos lo quieren, sumiso y obediente, en los dictados heroicos del anarquismo primario; lo quieren en la adaptación de sus primeros principios, sin que indague, busque y adquiera médula de vida en el individuo. Y para ello, para que no se extienda y disocie, buscando cohesiones efectivas en los libros ejercicios humanos, tratan los retardatarios de encerrarlo en los moldes de un *partido*.

De ahora en adelante, frente a los partidos políticos y a su hegemonía gubernativa y social, habrá un nuevo partido no menos político: el partido anarquista. ¿Qué gracias! La idea es de una mente obtusa, de un tipo o de muchos tipos que alardean de revolucionarios y que procuran demostrarlo trabajando por hacer idénticas, deteniendo, amarrando y haciendo homogéneas las fuerzas revolucionarias de los anarquistas. No está mal. El partido anarquista tiene por objeto hacer la revolución en un día dado y en un día dado construir la sociedad futura. ¿Qué ingenuidad!

Los anarquistas retardatarios no piensan en el papel que desempeñan, papel de dictadores, papel de políticos, papel de amos. Los hombres anarquistas, están mal siendo propulsores y encauzadores de todas las corrientes de la vida; están mal siendo hombres libres. Es necesario, pues, que sean una grey y ya tienen como serlo, ya tienen las bases de un partido, directores a la cabeza y una prensa que pregone los decretos acordados; ¿qué manera de perder el tiempo!

¿No hay anarquistas por ahí que protesten de la mistificación y digan bien alto que la idea anarquista no es una idea de programa, porque es una idea universal de interpretación y de corrección?

Uno.

Más allá de las narices

A fuerza de preocuparnos constantemente de lo inmediato, nos olvidamos muchas veces—demasiadas veces—de lo trascendente, de la base de nuestra filosofía anarquista.

El anarquismo está hoy tan vergonzosamente confundido con el sindicalismo, que hay ingenuos que lo confunden.

¿Cuál debe ser la labor del anarquista en el sindicato? A mi me parece que, como el elemento que compone las sociedades obreras es heterogéneo, su única labor consiste en dar a conocer sus ideas, en en-

señar lo que es anarquía. Pero el que un gremio consiga o no, un pequeño aumento de jornal u otra mejora por el estilo, es cosa que no interesa mayormente al anarquista.

(Esto no quiere decir que no merezca nuestro aplauso, todo movimiento, por infimo que sea. Ya digo: me coloco un poco más allá de las narices; y desde allí me da compasión esa multitud que se agita por un mendrugo, y que es incapaz de la rebeldía que nace de la comprensión de las verdaderas causas de su miseria).

A una huelga que tenga por objeto conseguir esa ruin mejora, esa ligaja mezquina, van todos los trabajadores sin distinción de creencias ni de colores; patriotas, socialistas, masones, sindicalistas, blancos, colorados y hasta católicos. (Solo hay que exceptuar a los krumiros, que es una especie aparte). Y van todos, por la sencilla razón de que es una necesidad sentida de todos por igual: cuestión de estómago.

En cambio el anarquismo es muy otra cosa; es la necesidad de autonomía, del libre desenvolvimiento de la individualidad; es una necesidad intelectual ante todo, y sentida por muy pocos. Nosotros hacemos todo lo posible por difundir nuestras ideas, para ello contamos con el periódico, el libro etc, al objeto de que aumente el número de los que sienten esta necesidad.

Así, y no acudillando multitudes amorfas, es como conseguiremos nuestros fines. Para lo cual necesitamos que el religioso deje de serlo, así como el patriota, y el blanco y el colorado también. Necesitamos que superándose moral e intelectualmente, el obrero se haga cada día más ambicioso; que lleve siempre una mira de más allá; que no solo vaya a la huelga para pedir más jornal, sino también por cosas de más transcendencia aunque no tan inmediatas.

Porque, si hasta las más poderosas agrupaciones obreras servirán siempre, solamente para disputarle a los potentados un mendrugo más, confesemos que sirven para muy poca cosa.

Todos esos obreros que abandonan el trabajo y se lanzan a la calle para pedir dos viutenes más en su salario, y que no tienen inconveniente en hacerse apalear por la policía, al hacer ruidosas manifestaciones o recurrir al «sabotaje» ¿son todas conciencias proletarias? Creo que no: son estómagos.

Si no fuera así, no veríamos hoy el desolador espectáculo que ofrece Europa y el mundo.

No se comprende que agrupaciones poderosas como las europeas, que hicieron en muchas ocasiones temblar el viejo mundo con los alidos de sus vindicaciones proletarias, se hayan convertido en mansas ovejas ante la catástrofe actual. ¿Es que conseguir un pan es más trascendente que salvar la vida? Dejar de ser hombre, convertirse en un muñeco y marchar al matadero, es menos importante, acaso, que un aumento de salario? Yo creo que no; aunque todavía se le da más importancia. Por eso considero un error anteponer la rebeldía por el mendrugo, a la verdadera hombría, a la rebeldía para conservarse y ser en todo momento, hombres. Es decir estar entre-

gados a una labor de sindicato, en lugar de hacer labor anarquista.

Y hacer labor anarquista vendría a ser en este caso, decirle al obrero que, para tener derecho a comer bien todos los días, para tener razón de disputarle al amo un mendrugo más, era preciso que él no fuera de alguna manera culpable de su miseria actual; era preciso que se pusiera frente a él amo en todo; que no se asociara con él para obras de iniquidad; que fuera su enemigo en todo; vale decir, que dejara de ser idiota, jugador, patriota, borracho, religioso, o político de cualquier color.

Por eso, porque son simplemente estómagos, porque están con la vista fija en el ombligo, es que el día que se planteara una huelga anarquista (anarquista debía llamarse la huelga que se hubiera opuesto a la consumación del gran crimen) no nos acompañaba ningún trabajador: el patriota por serlo y el religioso también etc., etc.

Miremos a Europa. Los anarquistas que había, agotaron sus energías en federaciones y gremios y cuando llamaron a los trabajadores ante la catástrofe que se venía encima, le respondió el vacío... ¿Porque? Porque existía allí mucha rebeldía para la conquista de un pan y muy poca conciencia anarquista. He aquí la bancarrota del antiguo sistema de agitación. Es necesario que nos coloquemos en un plano más elevado, que nuestra propaganda lleve a los trabajadores a mirar más allá de las narices.

Nuestra labor consiste pues, en propagar la anarquía. Y el día que haya muchos trabajadores que sean anarquistas de verdad, estemos seguros que no perderán el tiempo, pidiendo una pitrifa más en el diario pucherete. Sino que irían a la huelga por cosas más capitales. Como es haber evitado la guerra.

Porque ya lo digo; si la conciencia proletaria y el poder de formidables agrupaciones obreras, no llegarán nunca a tener aptitudes y fuerza, como para imponer su voluntad ante acontecimientos que le afectan directamente; digámoslo de una vez: eso no es anarquista, ni nos importa a los anarquistas.

Rutilio Ragel.

Santa Lucía, Agosto de 1918.

“El Bien Público”

No hay mejores perros del capital que los católicos. No hay reaccionarios y conservadores mayores, ni vividores, ni pordioseros semejantes en campo alguno. Buena gente para lacayos, planta de esclavos y sumisos, mansos buyes o burros de noria, eso son.

Los de «El Demócrata», comparados con los de «El Bien Público» todavía son algo de gente. Bien es cierto que nada hacen en el campo gremial, pero no van contra los obreros. Los plumíferos de «El Bien Público» son peor que perros para el obrero. En estos días han destilado veneno contra el gremialismo y los anarquistas.

Lo tomamos en cuenta y anotamos... mejor les fuera provocar al diablo.

GIROS Y CORRESPONDENCIA
A NOMBRE DE
ANDREA PAREDES

Investigaciones

Habrà que resolver un problema entre anarquistas. Habrà que convenir si es mejor emigrar del país o acometer la empresa heroica de aniquilar el crimen que se llama «Comisaría de Investigaciones». No hay institución de mayor perversidad. No hay crimen leve en ese antro. No hay atenta mayor para la civilización que ese lugar donde anidan fieras con figura humana. Allí se conspira, allí se fabrican complot, allí se martiriza de mil modos distintos a infelices camaradas nuestros. Llegará un momento en que será mejor hacerse matar en la calle, antes de dejarse conducir a «Investigaciones». Allí imperan todos los suplicios: el del sueño, el del hambre, y los golpes metódicos en las partes más blandas y sensibles del cuerpo, donde no queda huella externa. Es notorio en Montevideo, lo que significa «Investigaciones». Un escarmiento se impone. De él, serán responsables los que lo provocan.

En esta huelga general, muchas son las víctimas.

Es, Juan Torres, secretario de la Sociedad de Tranvías, golpeado por un empleado de «Investigaciones» en la Comisaría 5.ª por no querer permitir que se le inculpara de transportar una bomba de genuina fabricación policial. Es, Jesús Lista, secuestrado en «Investigaciones» durante 5 días, sin darle de comer ni permitirle el envío de ropa, habiendo sido preciso recurrir al Cónsul de España, para que su esposa pudiera conocer su paradero. Es, Ismael Molinoff, a quien se ha castigado bárbaramente en «Investigaciones», dándole golpes en el bajo vientre y amenazándolo de muerte, diciéndole, que, como no tenía familia y no había Cónsul ruso en el país, nadie se preocuparía de averiguar lo que se había hecho con él. Es, repetimos, un complot estúpido de que se ha hecho víctima a este hombre; pretexto para expulsar a numerosos paisanos del mismo; ocasión favorable para intentar hundir a un compañero de ideas en la cárcel: Denunzio. Todo el empeño policial, en efecto, estuvo dirigido, durante la instrucción del sumario, a que Molinoff acusara a Denunzio como autor de la bomba que un desconocido—policia probablemente—entregó a Molinoff. La declaración de éste, es explícita y franca al respecto. Apesar de los brutales castigos a que se le ha sometido, sostiene firmemente que ha sido un desconocido quien le entregó el paquete que, después, resultó ser, una inofensiva bomba... policiaca.

No hay que olvidar, compañeros, a las víctimas de las atrevidas maquinaciones policíacas. Hay que apresurarse a concurrir en su defensa y arrancarlos de la ergástula donde están sumidos.

¡Solidaridad con las víctimas; guerra y castigo a sus verdugos!...

También ha sido bárbaramente golpeado en la Comisaría 3.ª, el joven compañero Teófilo Dicevo, acusado infamemente, cobardemente, por individuos que son instrumentos de la policía, de que hiciera unos disparos contra el Comisario Còppola.

No hay que olvidar a esta otra

victima, no podemos ni debemos en modo alguno olvidarla, pues, que todos ellos son hermanos nuestros...

La solidaridad

HUELGA PORTUARIA

Los trabajadores del puerto han hallado eco en los trabajadores de toda la América. No se ha visto nunca hecho más significativo y de importancia mayor. El Puerto de Montevideo, boyoteado, sufrirá el rigor de la acción proletaria y los trabajadores del puerto vencerán una vez más.

La huelga portuaria sigue en pie, más fuerte si cabe que el primer día. Nuestro aplauso a los buenos.

TRANVÍAS

Sigue el movimiento huelguístico. Se ha hecho todo lo humanamente posible para ganar esta huelga.

Huelga semejante no se ha conocido en América. Pero los huelguistas tienen en contra suya dos enemigos terribles: las Empresas y el Gobierno.

Pero aún no se ha perdido el movimiento. Quizás se gane todavía, no obstante el pacifismo, algo así como un agotamiento de energías que aparece en este valiente gremio. La opinión pública le es favorable. Testimonio de ello son las suscripciones que se levantan en toda la ciudad en su beneficio.

Hay que vencer a toda costa, y domar de esa manera el estúpido orgullo de capitalistas y gobernantes.

Su magestad el milico

No hay nada tan compadron, tan infeliz, tan antipático como el milico. El ¡tan intortinado! está todavía muy abajo del guardia civil; bellaco y vil como el sólo, sabe de valentías en patota, en el montón y a grito de mando del oficial. ¡Pobre hombre!... No hay escala social más baja, extracto de infer-humanidad, ni simple salvaje como él. Es, la ralea, en todo su esplendor; y no solo la ralea uruguay, sino la ralea argentina, la ralea brasileña, la gentuza haragana y delincuente que vuelcan sobre este país esas naciones vecinas.

Ya no quedan hombres, ni mujeres, ni pequeños que no tengan idea noble de la gente mulata de tropa, de la gentuza de mala madre y peores actos que constituyen el puntal de los gobiernos: su magestad el milico.

Después de la huelga general, ya no hay dos opiniones distintas entre la gente del pueblo: criminales, y criminales les llaman... y esa voz tiene eco en el corazón del proletariado, todavía sangrando de heridas recientes.

Venganzas policíacas

El compañero Gino Fabri es una víctima de las mañas delincuentes de la policía de investigaciones. Se le acusa de disparo de armas en la Plaza Independencia y se presenta a testigos falsos. Pero el citado compañero, tiene pruebas conclu-

yentes de que no tenía arma sobre sí ese día por lo que no se saldrán con su propósito ruines la gentuza policiaca. Eso sí: lo que hacen es entorpecer la marcha del sumario haciendo que dicho camarada tenga que estar días y más días sumido en un calabozo. Pero hemos de arrancarlo de allí, cueste lo que cueste, como también a los demás camaradas, sobre los cuales ha hecho su Agosto la calumnia policiaca y la venganza solapada y ruin.

El camarada Juan Capra, detenido por haber hablado en la Plaza Independencia ¡oh el derecho de palabra! y puesto en libertad el miércoles próximo pasado, se niegan a entregarle la cantidad de 19 pesos con treinta y seis centésimos, una pluma de oro, cortaplumas y llaves. No sabemos que tiene que ver la Justicia, que pone en libertad a Capra, con su dinero, las llaves y la pluma etc. etc.

Es gana de molestar, de perjudicar, de hacer perder tiempo a la gente trabajadora ¡Canallas!

Se nos ha dicho que la muy valiente policía de Investigaciones ha maltratado de palabra a la compañera María Collazo y también a la compañera Voltin.

Se nos ha dicho que hasta se intentó golpearlas durante su estadía en los tenebrosos calabozos de Investigaciones. Ello no es de estrañar, y lo creemos bien. Capaces de apalear mujeres, capaces de ensañarse en insultarlas, son ellos, los muy bandidos, los muy crápulas.

Pero todo tiene su fin.

La atmósfera está muy cargada de odio...

El proletariado de pie

Los hechos van cumpliéndose. El Estado insulta al trabajo, se pone al lado del capital y resucita la lucha de clases. El capitalismo ha pasado la palabra de orden, para que se castigue con el hambre el derecho de huelga. Bien, bien. Vamos derechos a la guerra económica, o más lejos todavía. Nos llevan a ella, con sus torpes desatíos, los capitalistas. Pero los tiempos no están para fiestas de vanidad, ni para gastarse lujos de despotismos. No hay brazos desocupados en cantidad suficiente como para darse el tono de amos y señores de la vida de los trabajadores. Y al finalizar la guerra, menos aún. Caro han de pagar las Empresas esos gestos estúpidos de omnipotencia, esas listas negras, por las que se les declara boyoteados a los productores conscientes que practiquen la solidaridad. Los tiempos son otros, y los capitalistas no quieren verlo. Pues, a su costa, saldrán del error. Pueden tomar todas las medidas de rigor que quieran contra los trabajadores, que estos, le sabrán dar su merecido.

La F. O. R. U. debe estar en pie de guerra. No puede haber quietismo, tranquilidad, sosiego en su seno, cuando el capitalismo se mueve en tren de guerra. La iniciativa en la lucha, no debe ser del capital sino del trabajo. Hay que ir hacia los acontecimientos y no esperar a que ellos vengán a busarnos.

Reuniones de delegados deben repetirse, tantas veces, como haya

de ello necesidad. El momento es de actividad. Se juega el porvenir del proletariado. Los que se hallen cansados, que se echen a un lado y dejen cancha a los que desean trabajar, enfrentando al enemigo.

"EL HOMBRE"

Los muchachos de casa, se han portado. Tato Lorenzo, Casales y Dominguez visitaron por diez días la Correccional y salieron hace dos días bajo fianza. Delito? pues, el de cumplir su deber como anarquistas y como trabajadores. Los que quedaron fuera, Torralvo, Duarte, Vidal, González, Cherro, Palleiro, Martín etc, etc, han estado a la altura de las circunstancias. EL HOMBRE, puede enorgullecerse de los suyos.

Y los que salieron de la cárcel, están otra vez en tren de lucha, desde el instante que pisaron la calle...

Y eso, que algunos nos miran por arriba del hombro, por que somos individualistas...

Habrà que enseñarles, en los hechos como a los chicos de la escuela, lo que significa de alto y de grande nuestro individualismo.

El Municipio

¡Nunca se ha visto cosa igual! Los ediles, se han convertido en defensores, en abogados de las Empresas tranviarias. ¿Pero, no serán accionistas?...

Si lo son, velan por sus intereses particulares. Los intereses públicos, están en lugar secundaria. Un edil—Salvagno—que ha tenido el valor de ir contra la opinión de sus colegas ha sido silvado, interrumpido en su argumentación.

El hombre les decía muchas verdades, que dolían. Es opinión unánime por ahí, que los señores del Municipio, se han vendido. ¿Será cierto? Los hechos hablan. Que los que tienen ojos vean; que los que creen en la política despierten; que los trabajadores se desengañen de una vez. Hay que ser ciegos, sordos, rengos o inútiles para estar quietos frente a lo que está pasando.

Esto va a traer graves consecuencias para la gente de arriba.

¡Cuidado con los trabajadores! El abuso, el delito, la burla, tiene su límite. La paciencia del pueblo puede acabarse, y entonces, no hay policías suficientes, ni soldados, ni dique alguno que pueda resistir a su cólera...

NOTAS ADMINISTRATIVAS

L. Pérez.—Recibimos 9.50, distribuidos así: Astorga 0.20, Catáneo 0.10, Gómez 0.10, Oricchio 0.10, Ross 0.20, Emilio 0.50, A. C. L. 0.40, Otro 0.40, Un descamisado 0.50 y de Calatayud 5.00 por paquetes. Total para nosotros 7.50, para «La Obra» 2.00.

PARA TODO LO RELACIONADO CON NUESTRO SEMANARIO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, DIRIJANSE A NUESTRO AGENTE FRANCISCO ELORZ, TACUARÍ 1469.—B. AIRES.